

## NARANJA EN LA CUMBRE

POR AGUSTIN EGURROLA

Vamos ascendiendo. Ya entre helechos que despiden un calor húmedo, ya por la estrecha senda que se abre paso en el jaral. Es un monte cualquiera y unos montañeros de tantos en la soleada mañana de un domingo. La pendiente es pronunciada, y como hemos tomado una marcha rápida para activar nuestras «bisagras» de sedentarios, resoplamos con fuerza. Cuando divisamos la cumbre, ya próxima, parece que nos atrae, y todos, insensiblemente, aceleramos el paso; espoleados al parecer por ese afán de victoria —en este momento inconfesado— que llevamos dentro.

Ya hemos llegado. Jadeamos. Alguno mira si hay tarjeta en el buzón. Cada cual se pone alguna prenda de abrigo. «Hay que tener mucho cuidado, pues aquí siempre corre el aire y, si te descuidas, agarras un resfriado de órdago» —advierte otro. Seguidamente se busca un rincón para descansar cómodamente instalados. Alguien saca unas naranjas que son rápidamente descortezadas por nerviosas manos o por ávidos dientes y, ¡ñam, ñam!, desaparecen al instante por las sedientas fauces.

Una vez calmadas las exigencias fisiológicas, uno se dedica a contemplar el panorama circundante: los picos, collados, ermitas y caseríos; las poblaciones, carreteras y valles..., que se divisan. Estamos a gusto y en paz. Vemos allá abajo todo lo que nos preocupa durante la semana. Y ahora, desde aquí, nos parecen ridículas muchas de nuestras fútiles vanidades; sin fundamento tantas rivalidades y prejuicios; bizantinismos caducos más de cuatro exigencias sociales... Nos percatamos mejor de que no somos el centro del mundo; de que también allí y más allá vive la gente con sus afanes y temores muy similares a los nuestros; que el mundo es ancho y a todos nos cubre el mismo cielo...

Reflexionando sobre los hechos y consideraciones apuntados —de los que, en mayor o menor grado, todos hemos sido protagonistas— dan lugar a que surjan en nuestra mente ciertos pensamientos.

La imagen de la naranja trae indefectiblemente a mi memoria el recuerdo de un día que, tras una larga caminata cansados y sedientos, por esos montes de Dios, por causas que no es preciso citar, tuvimos que hacer un rato de espera en el comedor de cierto hotel.

Durante esos minutos vivimos un poco el suplicio de Tántalo, viendo los esfuerzos que hacía un camarero, al parecer novato, para descortezar una

naranja, utilizando para ello un par de herramientas; cuando nosotros la tragábamos con los ojos... incluyendo la corteza. Pero fue el resultado de la operación señalada lo que más impresionó nuestro ánimo en aquel momento: el comensal a quien sirvió el sabroso fruto, se comió solamente un par de gajos; dejando el resto con evidente desgana.

Un rato después, cuando ya habíamos metido entre pecho y espalda unos cuantos vasos de espumosa cerveza, hubiéramos causado nosotros la misma impresión que habíamos experimentado a otra persona que se hallare en nuestra situación de media hora antes.

Eso, que es completamente normal, nos recuerda lo que sucede a muchas personas, las cuales, por vivir rodeadas de todas las facilidades —con las que, a Dios gracias, contamos más que nadie en los prósperos países occidentales—; no aprecian, no degustan un sin fin de legítimos placeres. Y se pasan la vida quejándose de todo, exigentes y nunca satisfechas.

Todo esto, quién no lo sabe, se debe al hecho todos los días comprobado de que, a medida que aumentan las comodidades, los bienes; el inmenso tesoro que es la salud misma, disminuye en idéntica proporción la facultad de apreciar esos dones.

Se observa, por ejemplo, que los labradores, en sus juicios acerca de quienes realizan su trabajo sentados, dejan traslucir que —¡hum!—; tales labores no son verdadero trabajo. Y se comprende esta mentalidad —errónea, por supuesto— porque el hecho de sentarse es para ellos sinónimo del descanso. No se percatan de que para un empleado de oficina, pongamos por caso, la silla forma parte del «áspero tajo»...

Y, a la inversa, a millares de sedentarios de nuestros pueblos y ciudades les beneficiaría física, psíquica y espiritualmente la práctica del montañismo u otro ejercicio cualquiera. Se cita el montañismo porque es «nuestro» y porque, además de ser el más saludable, puede practicarse a cualquier edad, sin agobios y sin el temor de verse humillado por competidores mejor dotados. Y también porque es más natural, digamos. Nos acerca al contacto con la Naturaleza, predispone el ánimo para lo noble, bello y elevado; humaniza y fortalece. No habrá otro deporte o ejercicio cuya práctica favorezca más que este el surgir y fortalecimiento del compañerismo y la amistad.

Así apreciarían el sentido, el gozo de un auténtico descanso tras el esfuerzo. Se sobreentiende esfuerzo en el aspecto físico o muscular; pues sabido es que hay muchísima gente «surmenagée», con los nervios agotados, sufriendo de insomnios y neuralgias, a pesar de —o por ese mismo motivo— realizar sus labores en locales de temperatura regulable y sentados en muelles butacones.

¡Cuántos descubrirían el deleite de comer con verdadera hambre; la delicia de beber agua —quizás echado de bruces; tal vez tras esperar con ansia a que el hilillo que mana de la peña llene para un traguito...—; esa agua que de ordinario se deja «...para lavarse y para las ranas, que nadan bien», como reza la canción...!

Otras veces se apreciará la importancia que puede tener una pequeña fogata, cuando sus ondulantes llamas calientan nuestros ateridos miembros, tras una caminata en día crudo, «de perros».

Si, yendo cansados, damos con una chavola, el primitivo lecho de hojarasca que nos procuremos en un rincón de la misma nos parecerá el más acogedor de los dormitorios.

Y así podríamos seguir apuntando un sin fin de casos y situaciones que exponen ante nuestra distraída mirada realidades que, por sernos tan cotidianas, no apreciamos ni agradecemos en todo su valor. Además, con esta saludable práctica se mantiene un mínimo de tono vital, se reactiva el organismo del «*homo sedentarius*» —permítasenos la expresión—, robustece a los alfeñiques y ayuda a eliminar las grasas y «*micelines*» de tantos contemporáneos nuestros.

¡Ale, pues, amigos! ¡A trotar por ahí, se ha dicho! Y que Dios nos dé a todos salud para romper muchos pares de botas.



## VIAJE A LA COSTA

POR EDUARDO MAULEON

Me he asomado al mar.

He dejado atrás, bastante tierra adentro, mis bravías y solitarias montañas a fin de solazarme, por unas horas, en la contemplación de esa infinita llanura azulada que es el mar.

Si; por esta vez he pensado que quizá mi cuerpo y mi espíritu se hallen un poco cansados de mi constante hollar caminos y sendas, embarrados o secos; de ascender o bajar montañas, de cruzar valles desiertos y bosques apretados; de luchar contra la maleza y lo desconocido; de ver horizontes de picachos y extensiones de estepa. Necesito salir de todo esto para templar de nuevo mi alma llevándola a soñar con nuevos contrastes.

Por eso me he asomado al mar.

He descendido por una suave loma cubierta de hierba y árboles de perfumados eucaliptos. Por un camino de carretas he pasado ante unos viejísimos caseríos pintados de blanco y parras en su fachada. Como éstos se ven muchísimos más desparramados por lomas idénticas. Lomas verdes apatachadas por oscuros pinares.

El mar lo tengo aquí abajo. Me bastaría lanzar con un poco de fuerza una piedra para que esta se hundiera en él.

Me he sentado en una roca casi por completo erosionada por las aguas. Aguas, casi espuma, que se meten arrastrándose suavemente por las oquedades abiertas en la base de la roca dejando y llevando migajas de arena.

He visto pequeños y oscuros cangrejos que se asemejan a juguetes a los que se les ha dado cuerda, que trepan y bajan por una mojada pared, pasan-